

La Risa ³⁰ céntimos

1924 = 64



EL DOCTOR.—¡Gracias a Dios que hemos encontrado el dichoso durito! ¡¡Cómo iba a pasar, si es más falso que Judas!!

Dibujo de CASTILLO

Ayuntamiento de Madrid

ANUNCIOS ECONÓMICOS CLASIFICADOS POR PALABRAS

Por las quince primeras palabras abonarán 2 pesetas. Cada palabra más, 20 céntimos.

Las abreviaturas y cada cinco cifras se contarán como una palabra. Todos los anuncios abonarán, además, 10 céntimos por el sello móvil.

Para anunciar en esta sección, diríjanse a nuestras oficinas, calle del doctor Fourquet, 4.

LA EMPRESA ANUNCIADORA

LOS TIROLESES

Conde de Romanones, 7 y 9

TELÉFONO 331 M.

admite anuncios para esta sección.

Para anuncios en esta sección vaya usted a

LA PUBLICIDAD

LEÓN, 20

TELÉFONO 10-85 M.

Agencia para anuncios de todas clases de Ángel Tejero.

PIDA la tarifa de anuncios de esta Revista a la Administración de la Publicidad de «Prensa Madrid»

EL TALISMÁN

(Edición de anuncios)

APARTADO 1.105 (CENTRAL)

TELÉFONO 30-76 M.

Maorinas de guerra.

La Dirección de «Prensa Madrid», en el deseo de ser agradable a todos sus hermanos que están en campaña en África, *gratuitamente* publicará en esta sección la dirección de aquellos soldados que de-

sean encontrar una madrina de guerra, siendo condición indispensable que cada carta esté dirigida precisamente al Apartado 1.105, Madrid-Central, y que venga acompañada del cupón correspondiente.

Ofertas y demandas de trabajo:

La Dirección de «Prensa Madrid», en el deseo de agradar a todos sus lectores, publicará *gratuitamente* en esta sección todas las ofertas y demandas de trabajo que se le remitan, siendo condición indispensable que cada carta esté dirigida precisamente al Apartado 1.105, Madrid-Central, y venga acompañada del cupón correspondiente.

Compre usted el primer tomo de la

Biblioteca de LA RISA

que contiene SEIS novelas estupendas

— **DOS PESETAS** —

Las favoritas, DE ALVARO RETANA
La vuelta del marido pródigo, DE FERNANDO LUQUE
La catalepsia perjudica, DE L. ESTESO
Una chica de teatro, DE N. DE SALAS
Todo por seis duros, DE A. R. BONNAT
El vegetariano, DE RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

De venta en todas las librerías y en
PRENSA MADRID
Doctor Fourquet, 4

Número suelto: 25 céntimos

Lea usted todos los domingos
la gran revista infantil

PANCHO KOLATE

Veinte céntimos

Historietas, cuentos, aventuras, concursos, regalos, etc.

Se han puesto a la venta las magníficas tapas en tela, con estampaciones de oro, para encuadernar por semestres LA RISA, al precio de **DOS PESETAS**.

El semestre, completamente encuadernado con estas tapas, vale

CUATRO PESETAS

Se encuadernan en el acto.
Se envían a provincias remitiendo el importe anticipado en giro postal o sellos de correos, añadiendo 0,60 pesetas para gastos de envío certificado.

LEA USTED

LA UNIÓN ILUSTRADA
DE MÁLAGA

:- :- Revista gráfica :- :- :-
SALE LOS DOMINGOS

DIRECTOR LITERARIO:

ALVARO RETANA

CUPON

para acompañar a toda demanda de una inserción gratuita en la sección de *Madrinas de guerra* y de *Ofertas y demandas de trabajo*.

AGENTES DE PUBLICIDAD

con mucha práctica y muy serios informes se desean para esta Revista. Inútil escribir si no se es profesional. Escribir al señor Director de la Publicidad en «Prensa Madrid», Apartado de Correos 1.105, Madrid-Central.

TALLERES DE ENCUADERNACIÓN

VIUDA DE YAGÜES

MONTADO CON TODOS LOS ADELANTOS PARA LA ENCUADERNACIÓN DE
:: :: GRANDES EDICIONES :: ::
PRECIOS SIN COMPETENCIA

Plaza del Conde de Barajas, 5
Teléfono 44-99 M. — **MADRID**

LEA USTED

ALMA IBÉRICA

Revista gráfica de información general

DIRECTOR:

A. SOLIS AVILA

REDACTOR JEFE:

FIDEL PRADO

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

MINAS, 21

Apartado 10.032.—**MADRID**

Colaboración de las más prestigiosas firmas.—Información general de todo el mundo.—Extensas informaciones gráficas de actualidad.

SE PUBLICA LOS DÍAS 10 Y 25 DE CADA MES

No deje de ver su número EXTRAORDINARIO publicado el día 1 de enero.—50 CENTIMOS

APARECERÁ EN BREVE

LA NOVELA DEL SABADO

64 páginas :: 25 céntimos

:: CUBIERTAS A TODO COLOR ::
INTERVU CON EL AUTOR Y SU
:: :: :: :: RETRATO :: :: ::

Director: **NICOLÁS DE SALAS**

Precios de suscripción a LA RISA

Madrid, provincias y América.

Pesetas.

Trimestre..... 3,60
Semestre..... 7,20
Año..... 14,40

Extranjero.

Unión postal.

Pesetas

Trimestre..... 4,80
Semestre..... 9,60
Año..... 19,20

Las suscripciones empezarán con el primer número de cada mes.
Los suscriptores tendrán derecho, sin aumento de precio, a los números extraordinarios que puedan publicar.

Regalo a nuestros nuevos suscriptores

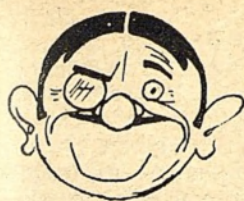
LA RISA, respondiendo al favor constante del público y para atender a las numerosas peticiones de números atrasados, ha puesto a disposición de sus lectores

Varias colecciones de LA RISA

que regalará a los nuevos suscriptores que, a partir del presente mes, abonen la suscripción de un año, cuyo importe es de 14,40 pesetas para los de Madrid, provincias y América, y de 19,20 para los del extranjero

:: :: Quedan muy pocas :: ::

Toda la correspondencia a **PRENSA MADRID**. Apartado 7.002



La Risa

SEMANARIO HUMORÍSTICO :: SE PUBLICA LOS DOMINGOS



Prensa Madrid.

Doctor Fourquet, 4.

Director: Felipe Márquez.

LA COLOCACIÓN DE UNA OBRITA

SERVIDOR de usted. ¿Es al empresario al que tengo el gusto de hablar?

—Servidor de usted también.

—Soy el recomendado de Ausurez, el popular actor cómico, y....

—¡Ah, sí, Ausurez! Usted es autor también.

—Eso pretendo.

Y tiene una obra para este teatro. ¿Es festiva?

—Mirad y mirad.

Yá, como los mantecados de limón y fresa.

—Verá usted; el motivo de haber hecho esa obra así, como si dijéramos con división de plaza al teatro acude gente de muy diverso gusto.

—Lo he notado, hay quien se peina con raya, quien lleva el pelo hacia arriba, y quien no se peina. Tiene usted razón, de muy diversos gustos.

—Pues bien, teniendo esto en cuenta, creo que los autores no han dado aun en el quid.

—¿Dónde ha dicho usted?

—En el quid. Ellos escriben una comedia para la mitad de los espectadores, para los que quieren reír, por ejemplo, y para los que quieren llorar?

—¡Que les den disgustos en sus casas!

—No, señor, las escriben otros, y en ese caso los que suspiran a vivir contentos se quedan faltos. ¿Estamos?

—Estamos de acuerdo y en la contaduría del teatro.

—Pues para evitar eso, está mi obra.

—¡Ah! Para hacer reír a los de las butacas pares y llorar a los de las impares.

—Alternando las escenas, como sucede en la vida, que unas veces estamos contentos y otras tristes. ¿A usted no se le muere todos los días una suegra.

—Naturalmente que no.

—Aquel día está usted contento, y al otro vienen a cobrarle la contribución y se pone serio, pues esa es mi obra.

—¿Una recaudación de contribuciones?

—Un alternado poco serio, ligeramente bíblico y algo espeluznante para reír a carcajadas.

—¡Caray! Eso es un pisto manchego.

—¿Usted conoce la historia de doña Juana?

—¿Qué doña Juana? ¿La madre posita de esa damita más o menos por en que figura en la compañía?

—No, señor, de doña Juana la Loca, hija de los Reyes Católicos y que se quedó completamente viuda de su esposo don Felipe.

—¿Aquel que era tan acreditado, que casaba a todos y contestaba a todas las cartas?

—Otro don Felipe. Pues, bien, en ese matrimonio se apoya mi obra. Yo saco a doña Juana con toda la razón.

—¿Disputando con alguien?

—No, señor. ¿Por qué dice eso?

—Porque todos los que disputan creen que tienen razón.

—¡Hombre, bonita colambre!

—¿Me permite usted que lo aproveche?

—Haga con él lo que guste. Como si se quiere hacer un dije y colgarlo de la cadena del reloj.

—Pues mi doña Juana, cuando sale a escena, lo hace lamentándose de que su marido no ha regresado a su domicilio después de la una de la noche. Esto es para los espectadores sensibles. Pero de pronto suena la bocina de un auto, y es don Felipe que llega. ¡Carcajada en el público, porque en aquella época no había automóviles!

—¡Calle, pues es verdad! ¿Y cómo se le ha ocurrido a usted esa ingeniosidad?

—Es picardía teatral y el vivir en una calle en que pasan automóviles. Don Felipe viene de un mítin, y entre la oratoria que allí se ha desarrollado y al vino que ha libado, se ha descompuesto de

tal modo que no está muy católico. Doña Juana al verle dice: «¡Mi padre!»

—¡Que energía de frase!

—Y de colambre también, porque su padre es precisamente el Rey Católico y don Felipe no lo está. ¡Já, já!

—Sí, sí, graciosísimo, ¿y qué más?

—No puedo decirle todos los trucos de la obra, porque son infinitos.

—Eso hace falta. Por lo menos que haga uno para cada espectador, incluyendo a los del anfiteatro segundo, si bien para estos no hacen falta muchos, porque como pagan menos no deben divertirse tanto.

—Naturalmente. De manera que usted dirá cuando quiere que traiga la obra.

—Cuando le parezca bien, porque yo creo que no se echará a perder porque esté aquí mucho tiempo, como si fuese pescado.

—¿Mucho tiempo?

—Por lo menos cuatro o seis años. ¡Hay tantas!

—¿Como la mía?

—¡Que dispare! ¡Muchísimo mejor!

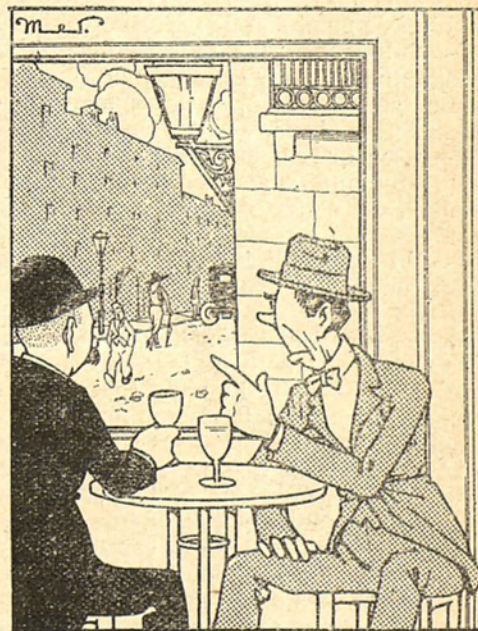
A. R. BONNAT



—Yo, diciéndole que lo que cogemos son sardinas; y él, empeñado en que son salmonetes.

—Debe estar loco; así no me choca que no sepa lo que se pesca.

Dibujo de BLUFF



MURMURACIONES

—Allí va la Amparito. ¡Qué muchacha más simpática y más culta! En el trato particular no parece actriz.

—No; ni en la escena tampoco.

Dibujo de MEL

Ayuntamiento de Madrid

LA CONQUISTA DE MADRID

DE modo—le dije después de entregarle el duro—que usted viene a luchar.

—Sí, señor—repuso, tomando un cigarrillo de sobre mi mesa.

—Bueno, hombre, bueno. ¿Y contra quién viene usted desde su provincia a luchar?

El joven combatiente se me quedó mirando al mismo tiempo que arrojaba la cerilla, sin apagar, lejos de la escupidera. Tenía aire de idiota.

—Estoy harto de tandas de vales en la Glorieta, de oír vaciedades en el Casino, de decírselas a la novia, de enviar originales a los periódicos de la Corte para que no se publiquen. Las capitales españolas, casi todas ellas, salvo las resonantes y nerviosas, son fábricas de musgo para el alma y almacenes de telarañas para la ambición. Yo tengo derecho a la vida como los demás. La lucha no me arredra.

—Pero, bien—volví a replicar—. ¿Contra quién viene usted decidido a entablar un pugilato? En Madrid no hay enemigos. Todo lo más Madrid es una urbe llena de enemigos, donde no se encuentra jamás al enemigo. En el mundo literario no existe ni se reconoce la lucha... Si la hay, es falsificada...

—Por mi parte, no escatimaré esfuerzo alguno para imponerme.

—Y se impondrá usted, querido, en cuanto se lo proponga, pero sin necesidad del bíceps, ni del cañón, ni de la intrepidez. Aquí la contienda no va contra los que escribimos. La gente no nos hace caso; tiene otras cosas más importantes en que pensar. Usted lo está viendo: en el teatro estrenan comediógrafos fecundos, algunos admirables, que no saben qué es eso de saber escribir; en la novela obtienen éxitos todas las que escriben con un poco de habilidad y de talento, y los editores andan locos buscando novelistas; en los periódicos entra el que sabe pergeñar cuatro palabras... Hay en los de arriba tanta indulgencia como cortesía. Se lo aseguro, sin asomo de zumba ni de sarcasmo.

—Entonces, ¿qué pasa?—indagó el visitante, airado, y encendiendo otra cerilla, que me arrojó, en un raptó de entusiasmo, sobre los pantalones.

—¿Por qué no se publican las cosas que yo mando a esas revistas cursis, o flojas, o eruditas, o desenfadadas? ¿Por qué?

—Yo se lo diré—repuse, sonriendo con toda urbanidad—. No se publican, porque los estantes y mesas de las redacciones están atestaditos de originales. España, ya lo he indicado en otra ocasión, se halla hoy dividida en dos bandos o castas: la España de los que escriben artículos, novelas y poesías, y la España de los que no leen ni las poesías, ni las novelas, ni las crónicas. Somos más los que escribimos que los que leen. Los mismos que escribimos no caemos en la tentación de leer. Créame lo usted: sobra gente, España tiene demasiada gente. Ocupar un puesto en la plataforma del tranvía es tan difícil como lograr un acta de diputado. La lucha por la credencial es tan dura como la entablada por el panecillo. Hay más hambrientos que tahonas, y más doctores que enfermos, y más jugadores que premios de la lotería.

—Pero todos esos que sobran son

enemigos, y contra ellos hay que combatir...

—¡Quiá, hombre! Si esos que luchan como usted y como yo no tienen la culpa; son hermanos nuestros en el bostezo, en la imprecación, en el llanto vergonzante, en la risa de lo conseguido y el resuello de lo fracasado. Ya lo ve usted: todos nos saludamos en la tertulia y nos agasajamos con banquetes, y nos encontramos en la caja de los periódicos, y nos llamamos genios en la Prensa. Créame: aquí no hay lucha literaria. Ejercítense en la virtud, que es un deporte, del esperar, del llamar a las puertas, del formar en las colas, del comer poco y dormir mal, y el triunfo será suyo. Ahora bien: ¿usted sabe qué clase de triunfo le interesa conseguir?

El preguntado se rascó la cabeza, lo cual ha sido siempre indicio de perplejidad.

—Hombre...—balbució.

Yo me puse solemne, y aun me levanté ligeramente del asiento.

—Aquí hay triunfos de muchas clases y tamaños, y antes de nada conviene que se ponga usted de acuerdo consigo mismo para elegir uno. Desde el laurel hasta el cheque, pasando por la cabeza de ajos, la sortija con brillantes y el millonaje en una Academia, el triunfo ofrece un muestrario variadísimo. Hay luchador a quien le sobra y basta ser discutido. A otros les satisface ser un envidiado. Algunos se limitan a ambicionar que sus hijos vivan bien. Realmente, las exigencias son distintas, y, por consecuencia, reclaman modos diferentes de combatir. A unos les sobró, para imponerse, en lugar de talento, laringe o vaselina en el gesto. A otros les dió gran resultado manejar una ganzúa, barrenar, piruetear. Váyase, váyase a su tierra, y junto a las murallas o a la vera del río, medite. Y si, por casualidad, se le quita el ansia de escribir, avísemelo para publicar su retrato y dedicarle una larga información, porque entonces sí que habrá triunfado usted de veras...

E. RAMIREZ ANGEL

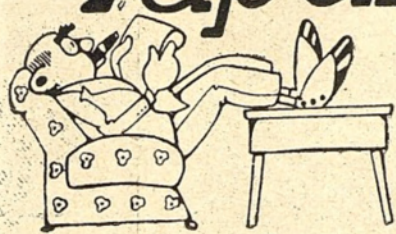


—¿«Ties» lengua de cerdo, Macario?

—Sí (con una barbaridad de picardía). ¿«Quiés» que te enseñe la lengua?

Dibujo de AREUGER.

Vapuleos y zalemas



Recibí, lector amado,
un disgusto colosal
al ver que no me han nombrado,
ni por pienso, diputado
provincial.

Yo alimenté la ilusión
cuando vi la puerta abierta,
de que esta vez mi elección
para la Diputación
era cierta.

Me dije: «En tiempo normal
un hombre de capital
la votación me destripa;
pero así salgo, sí tal,
por chiripa.»

Pues hoy que el gobernador
los elige a su placer,
entre la gente mejor,
¡vaya que lo voy a ser
por favor!

¡Triste error!... Está probado
que soy un pobre mortal
fatalmente condenado
a no ser ya diputado
¡ni siquiera concejal!



No me atrevo a hablar de cosas de actualidad, porque, francamente, toda son tristes y no encaja ninguna en el ambiente de un semanario cómico. Solamente recuerdo de los últimos días una noticia grata: la baja de las lentejas, y aun esa no es para soltar la carcajada.

El público la recibió sin inmutarse, indiferente y estoico, como si le hablaran de unas declaraciones políticas de Melquiades. Ni siquiera se dibujó en sus labios una sonrisa ni en su gesto un signo de satisfacción. Nada, como si hubiera perdido la sensibilidad y las ganas de comer.

Sin duda se acordó de aquel hermoso pensamiento del admirable filósofo y poeta sobre las lentejas:

«Si quieres, las tomas,
y si no, las dejas.»

Y, efectivamente, se quedó impávido y frío. Como si lo que hubiera bajado fuera el termómetro.

Su júbilo, en cambio, hubiera sido inmenso si en vez de bajar esa legumbre le dicen en plena cuesta de enero:

—¡Ha bajado todo! ¡Ya se puede vivir!... ¡Esto va a ser el maná!

Pero, ¡ay!, que este año va a darse el caso insólito, maravilloso, increíble, de que Marte, el zarandeado planeta Marte, va a estar más cerca de nosotros y más a nuestro alcance que el azúcar «blanquilla» y el carbón de cisco.

¿No es esto un dolor y una cruel ironía?... ¿No es un contrasentido que los artículos de

comer, que ya han entrado en el campo de la Astronomía, estén más cerca de los hocicos de la «Osa mayor» que de nuestro estómago? Ya estoy oyendo cantar:

«Tan alta que va la luna
a el sol al amanecer.»
¡Más altos van los artículos
de comer, beber y arder!



¡Me dan lástima el Japón
y los pobres japoneses!
¡Cuidado que llevan meses
en constante combustión!

La tierra a sus pies trepida;
se estremece y resquebraja,
y en vez de salir de naja,
aguantan la sacudida,

Poblaciones florecientes,
y ciudades industriales,
y barriadas suntuosas,
y trenes, barcos y puentes,
se hundan y no surgen más
entre hondas convulsiones...
¡pero allí están los nipones
aguantando que aguantarás!

¡Meses y meses así!
Otro país que no fuera,
el japonés ya se hubiera
largado lejos de allí.

¡Huid, desgraciados de él!...
¡Buscad—no seáis pelmazos—
terreno, aunque sea a plazos,
cerca de Carabanchel!

Que aquí todo el territorio
es sólido y bien sentado;
tan firme, que no ha temblado
¡ni al venir el Directorio!



El Gobierno de Portugal, como el del marqués de Alhucemas en la España de la última etapa política, también está persiguiendo el juego con un entusiasmo y una tenacidad como si de eso dependiera la salvación del país y en eso estribara la salvación de la República.

¡Sí, sí!... Mirarse en el espejo de los reformistas. Que hicieron las diez de últimas.

La banderita del juego
es de un agüero fatal...
¡Aquí le dieron el pago
al partido liberal!



Pues no digo nada a usted de la ley seca de América.

Desde que se dictó los neoyorquinos hacen verdaderas diabluras por burlarla, llegando hasta fletar barcos cantinas para emborracharse en alta mar al vaivén de las olas. ¡El colmo del mareo!

Y no es eso sólo, sino que los profesores en los colegios han descubierto que los muchachos también se han vuelto unos «curdas» perdidos y que muchos de ellos van provistos de su buen frasco de «whisky», que apuran en cuanto el profesor vuelve la espalda.

Los Gobiernos no deben meterse en hacer leyes secas ni húmedas, sino justicia seca.

Prohibir el que se beba
es un disparate macho,
pues el socio que es borracho
y que dentro de sí lleva
ese vicio endemoniado,
si en la tasca no lo sacia...
¡beberá en una farmacia
alcohol alcanforado!



En Huesca los pueblos
viven alarmados,
porque de los montes,
fríos y nevados,
donde es imposible
buscarse alimentos
bajan en bandadas
los osos hambrientos.

La gente, asustada,
no sube a la sierra,
ni labra los campos,
ni siembra la tierra,
temiendo si sale
—los hay muy medrosos—
ser el plato fuerte
de un banquete de osos.

El que hay en mi calle
tras la carne fresca
de una vecinita,
del portal no pasa;
pero si hace frío...
¡se cuele en la casa!



En Alicante a lo mejor los trenes
se meten de rondón en los andenes.
Y en Madrid, si también pierden las riendas,
se meten los camiones en las tiendas.

Ya lo dijo el baturro:
—«Perdíos» los ramales,
¡«pa» mi que son iguales
el automóvil, el vapor y el burro!

F. ROIG BATALLER

LA NIÑA DE NUÑO

La luna baña con su luz el viejo castillo de don Nuño, dándole un aspecto escenográfico. En una ventana se cretean Berenguela y su dueña. La primera se lamenta de sus amores con Moncada, a los que se opone don Nuño, con lo que ella le ama.

La dueña le advierte la obediencia que debe a su padre y señor, referente a la boda que se prepara con Manfredo, noble y blasonado pollo de sesenta años.

Ella ama a Moncada con un fuego de volcán italiano. Él es apuesto y gallardo como don Juan y Manfredo, es venerable como el comendador. Berenguela no olvida las últimas palabras de su papá: «El día que vea aquí a Moncada le mato de una estocada.»

Una música suena quedamente. Todo es poesía.

—Es mi amigo Moncada que toca la guitarra.

—Mira que «guzoso» —añade la dueña.

—Echad'e la escala —manda Berenguela.

La dueña echa la escala y una maldición, haciendo mutis por el foro.

Moncada asciende más pronto que si estuviera recomendado por Romanones.

—¡Oh, mi bien amada! Tú eres la dueña de este corazón. Si no me amas, esta viscera cardíaca dejará de latir...

—Que lata Moncada... ¡qué lata si mpre por mí quisiera yo! Mas mi padre se opone.

—Háme parecido que ya no me amas.

—Yo te amo; pero mi padre me casa con Manfredo.

Moncada, al oír la frase, vacila, y se agarra a Berenguela. Suenan varios ósculos. Después de «hincharse» ceden...

—¡Negrazo! Ahora no tendrás queja. Por ti estoy loca... ¡loca!...

—Y yo loco, ¡loco! Es tan ciega mi idolatría, que pienso en ti noche y día...

—¡Oh, Moncada, que bella poesía!

—A tu lado todo rima. Hoy te traigo un canto que carcajadéate de los de Homero.

—Y que los recitas admirablemente.

—No lo creas, Berenguelita. Anoche, en la velada del Talía, por recitar mal un canto, me tiraron ¡dos piedras!

—¿Te hicieron mal?

—Me hicieron... astrónomo. Pues ví ¡las estrellas!

—Pues ahora mismo lánzame ese canto.

Moncada desenrolla un pergamino, y con voz de bajo, o más bien de enano, dice:

—¡Salve Berenguela! Salve...

Pero no le deja acabar una voz quejumbrosa que grita: «Salve su persona, que don Nuño viene dispuesto a darle un sablazo».

Moncada se guarda la bolsa maquinalmente.

—¡Huye, Moncada! —Grita Berenguela.

—¡Nunca! Soy caballero; y si pintan bastos... desnudaré mi espada. A mí nadie me dominó.

—Además vienen con una velocidad de película, cuatro caballeros en briosos corceles —dice la dueña.

—Ah, ¡cuatro caballos! (me van a dar un «lute»).

En esto llega don Nuño, corta la escala y Moncada aterriza. Suena un golpe seco y el pobre queda para una necrópolis.

Berenguela, que se ha desmayado, vuelve y se va enseguida por la ventana diciendo:

—¡Es mi hombre!

Don Nuño y la dueña quedan estupefactos.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Moncada maldito! ¡Mi honor!

Y llora amargamente.

De súbito se le crispan los nervios, y ¡zás! se lanza al espacio.

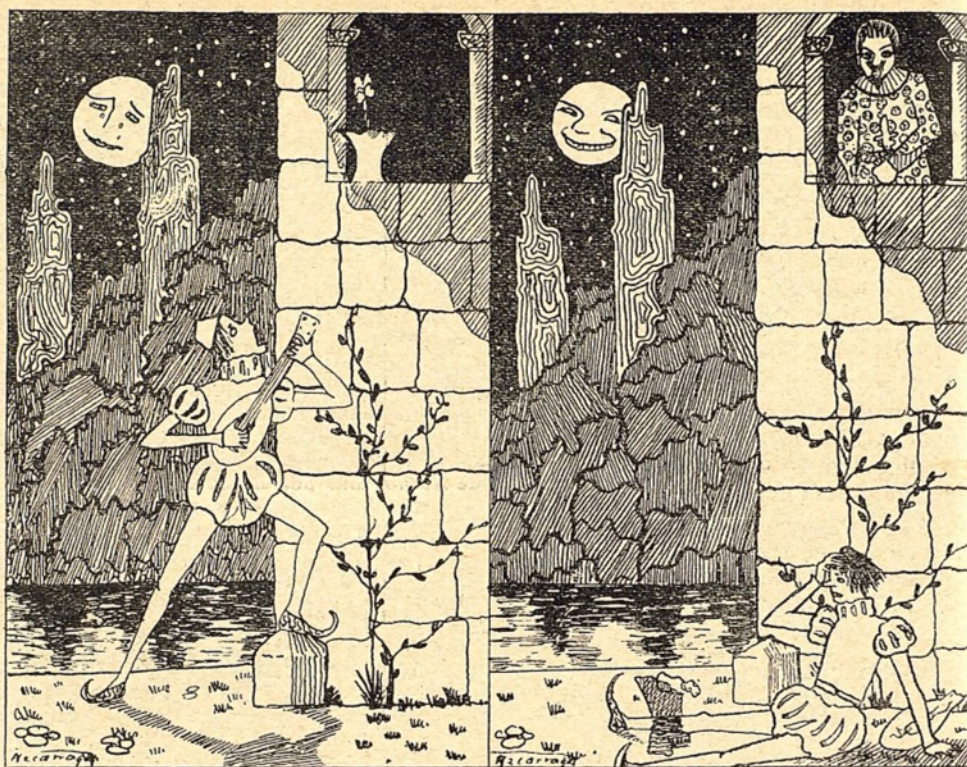
La dueña se horroriza ante la hecatombe. Va a suicidarse, pero se detiene. Piensa gritar y reflexiona. Y al fin exclama con resignación:

—Ha muerto toda la rama de los Peros.

Me he quedado más so'la que Robinsón. Este castillo es mío, ¡Todo será mío! ¡Agora si que soy la dueña!

Y aquí termina la tragedia de la niña de don Nuño de Moncada y de la dueña...

ANGEL CRISTOBAL



EL JUGLAR (cantando):

Salga la flor más hermosa
que jamás miró el poeta.

EL JUGLAR (de-pués del golpe):

¡Qué amable! Pido una rosa
y me «larga» una maceta.

Dibujo de AZCARRAGA

DEL MUNDO ANECDÓTICO

DEL CINISMO DE D. FRANCISCO ROMERO ROBLED

El escándalo que se armó en el Parlamento fué formidable.

De los bancos de las izquierdas y de las minorías contrarias al Gobierno llovían gritos e insultos.

Se cernía la crisis: una crisis que dejaría nombre en los anales de la historia.

La «cosa» ocurrió de la siguiente manera:

Don Francisco Romero Robledo había nombrado gobernador de una provincia de segunda a un sujeto, sin los requisitos que marcaban las leyes.

Un diputado de la izquierda denunció el hecho.

Aquel hombre estaba fuera de la ley por no haber desempeñado cargo alguno similar con la categoría designada.

Entraba, por lo tanto, de lleno en las incompatibilidades. No había sido diputado, ni jefe de Administración civil, ni gobernador antes de los preceptos legislativos.

Romero Robledo se levantó en el banco azul para decir al protestante que tenía razón, y, por lo tanto, aquel hombre dimitiría aquella misma noche.

Y, efectivamente, en cuanto salió de las Cortes él mismo puso el siguiente y edificante telegrama:

«Ruego a V. E. se sirva dimitir. Venga lo antes posible. Todo se arreglará.»

A la mañana siguiente el ex gobernador entraba en el despacho del ministro.

—¿Qué ha ocurrido, don Paco?

—Pues ha ocurrido que ayer me armaron una tremolina por causa de usted.

—¿Mía?

—Sí; pero no se apure. Hoy ha salido un decreto en la *Gaceta* declarándole a usted dimitido, y mañana saldrá otro nombrándole a usted gobernador de la misma provincia.

—¿Puede ser?

—¡Será! —agregó con energía—. Y para que vea que no miento, tenga usted —le dijo al mismo tiempo que le entregaba la credencial firmada.

—Pero, ¿no le traerá a usted ningún trastorno, don Paco?

—¡Ninguno! Usted tomará el primer tren que salga y se posesiona del destino.

Se despidieron. Al día siguiente salió en la *Gaceta* el decreto prometido. El diputado denunciador volvió a erguirse sobre la tribuna, censurando al Sr. Romero Robledo. En la Cámara se produjo un escándalo épico, formidable... Romero Robledo dijo que se iría si no estaban conformes con él. Pero pidió que le dejaran hablar.

Se «hizo» un silencio de tumba.

—Señores diputados: Me levanto a contestar a mi contricante... El otro día nos decía que el gobernador de la provincia de... estaba fuera de la ley para el desempeño del cargo... Así lo reconoció el Gobierno, y le hizo dimitir...

—¡Y ahora también! —rugió una voz.

—¡Calma!... ¡Calma, señores diputados!

¿Qué, aducíais entonces, señores diputados? —preguntó—. Pues aducíais que este señor no había sido diputado, ni jefe de Administración civil, ni aun gobernador de una provincia insignificante, y, por lo tanto, no estaba en condiciones legales para el desempeño de su cargo. ¿Es cierto?

—¡Sí!... ¡Sí!... —gritaron mil voces.

—Pues entonces, amigos míos, no tenéis ahora razón para protestar... A este señor le hizo dimitir el Gobierno, porque estaba fuera de la ley... Pero desde anteayer, que este señor fué gobernador, ya puede desempeñar dicho cargo...; es decir, el Gobierno ha nombrado gobernador a un señor que ya lo había sido anteriormente, y, por lo tanto, puede ya serlo de hecho y derecho, con arreglo a lo preceptuado... ¿Hay algún señor que desde rebatirme?... Pues que pida la palabra, y con la ley en la mano discutiremos cuanto quiera.

Y dicho esto se sentó tan tranquilo y satisfecho, sin que nadie fuera capaz de salirle al frente para discutir tan absurdas y descabelladas teorías. ¡Así interpretaba las leyes aquel cínico, en cuyas manos estuvieron por mucho tiempo los destinos de España!

RICARDO MARTINEZ

MELINA!

¡LAMABA mi atención el griterío que oíase en la calle; me osomé al balcón y vi la causa que promovía tan grande alboroto.

Una hermosa jimia—la llamo hermosa por el sexo y por mi galantería—, pues era fea sobre toda ponderación, calva en el sitio antípoda del en que nos quedamos calvos los humanos, y con un hocico de prolongación máxima, puedo afirmar que no vi jamás cuadrumano más repugnante por su aspecto.

Referente a sus facultades mentales, he de decir que eran sorprendentes.

—¡Vamos a ver, «Melina»! Imita como anda esa señora gruesa que está a la derecha del corro...

Y «Melina», tirando de su falda taparrabos hacia fuera, con ambas manos, a fin de ensancharse, dábale un paseo, echando el cuerpo atrás, alrededor del público, excitando fuertes carcajadas en los espectadores.

—¡Anda, «Melina»! Examina el color de las medias de todas estas señoras!—le ordenaba su amo.

El animal, vertiginosamente, tiraba de una y otra falda; las mujeres chillaban y ensanchaban el corro, como la piedra arrojada al estanque marca un elástico aro.

A poco uníanse de nuevo los curiosos.

El hombre húngaro daba golpes monótonos y acompasados en un gran pandero, y la mona bailaba con más gracia que muchas de las llamadas «estrellas de variedades» y con superioridad sobre ellas, ya que «Melina» tenía rabo y podía ser estrella con rabo, apéndice que las otras no tienen sino en ocasiones.

Terminada la danza, le ordenó el bohemio:

—¡«Melina»! Toma un cigarro y fuma como aquel caballero de las barbas.

La jimia, con un papel arrollado, se contoneaba y simulaba soltar grandes bocanadas de humo.

El éxito de risa de los circunstantes creció de pronto.

—Ve y pídele fuego al caballero, pues se te ha apagado el puro.

El animal cumplió el mandato; pero el caballero, que estaba «más corrido que una mona», según solemos expresar, por ser blanco de la rechifla de la gente, al acercarse la fumadora le dió con el bastón en la cabeza.

«Melina» retrocedió soltando graznidos y enseñando los dientes; el húngaro se arrojó sobre el del palo, y, a no ser por un guardia municipal que intervino, el del pandero y el de las barbas se zurrarían la pandereta en «tiempo de tarantela».

¡Se cortó el espectáculo!

Disolvióse la reunión.

La mona y el amo caminaron cuesta abajo la calle del Avemaría en busca, por Lavapiés, de nuevos modelos que imitar.

«¡Pobre «Melina»!—pensaba yo—. ¡Si acabará sus días muriendo de un estacazo en la cabeza!»

De reflexión en reflexión di en concretar que el hombre, imitando al hombre, se degenera...; retrocede al punto de partida, según Darwin nos asegura.

Al imitado no es la imitación que de él hacen lo que más le molesta; lo que causa le

sonrojo es la risa de los demás, forzada casi siempre para zaherir al paciente modelo; esto mortifica muchísimo más que los inventos, chocarrerías y chabacanadas del imitador.

De deducción en deducción, dime a pensar que la imitación es una encubridora de la palabra burla, y las burlas... el demonio que las aguante.

* * *

Con respecto a los imitadores que pasan a ser profesionales para ganarse el condumio, recuerdo una anécdota del prestigioso Josef Medina, que él, sin duda por modestia, no ha referido en su reciente interviú de Prensa.

Nos hallábamos en el saloncillo del teatro de Apolo, allá por el año 1909, entregados a



—Tó ezo que dicen de que yo zoy zucio, es puro embuste; la prueba la tié «uté» en que no hace «entavía» ni un año que me merqué una «pastiya» e jabón y ya cazi no me «quea» ná.

Dibujo de LIMENDOUX

discusiones y bromas, algunas con ingenio, y otras provocadoras del mal genio de algunos de los contertulios.

El joven Medina, previsor ante los desdenes de Talía para con él, pensó en horizontes de amplitud para su porvenir.

Dedicóse a ensayar imitaciones, y nada más natural y cómodo que elegir a los que tenía cerca: a los cómicos.

A varios los imitaba bien, a otros había que ponerles el consabido letrero de: «Este es mi gallo.» Pero los aplausos aumentaban, y con tales éxitos buenos adquiría grandes esperanzas el futuro artista.

Grandes jo'gorios habíamos en aquel desaparecido saloncillo de Apolo, presidido por el nunca bastante llorado D. Enrique Arregui.

Una noche en que Josef Medina exhibía su repertorio, tocó en turno la imitación del maestro Vives, ausente; pero antes que el imitador terminara, D. Amadeo apareció en lo alto de la escalera, percatándose de que se

ocupaban de él. Todos enmudecimos. No hubo comentarios.

En otra ocasión D. Enrique, para que el maestro apreciara las aptitudes de Medina, instó a éste «para que pusiera el retablo».

El requerido, luego de imitar a varios de la farándula, pasó a presentar a Vives, cediendo a los muchos ruegos de todos los allí presentes.

Llevólo a cabo tras de muchas súplicas, y en la seguridad dada por el maestro de que a él no le sentaría mal verse reproducido, Medina le imitó, «suprimiendo la acción».

Las risotadas se sucedían sin interrupción; el sonrojo del imitado no podía imitarse, que así nos sucede la primera vez a todos los que nos vemos en ese caso, hasta que, en veces y veces, nos acostumbramos, que también lo malo, en fuerza de prodigarse, nos resulta menos molesto.

Acabaron las semblanzas y acabaron las risas.

Todos quedamos en silencio.

Aprovechando la quietud, D. Amadeo preguntó:

—Pero, ¿yo soy tan ridículo como ése me presenta?

—¡No, maestro! ¡Precisa exagerar para que resulte!—le dijimos varios.

—¡Vamos, sí! Hay que exagerar para que ustedes se rían.

* * *

No podía el maestro, hombre de gran cultura y fina sátira en momento oportuno, dejar sin protesta el sonrojo de su primera impresión.

Así se hizo.

Nos hallábamos, como de costumbre, una noche en el saloncillo, y la conversación había decaído... Nadie hablaba; sentados en los divanes, aparecíamos como congregación monacal puesta en meditación.

En el fondo del salón el imitador, puesto en pie y de cara a la reunión, y apoyando sus codos en la chimenea, demostraba estar disgustado, pues nadie le pedía que actuara.

El maestro, sentado al lado de D. Enrique, sacó su inseparable lente y púsose a mirar con fijeza al que se apoyaba en la chimenea. Sin bajar el antejo continuó larguísimo rato.

Cuando tuvo la evidencia de que a todos nos intrigaba su actitud, expresóse, sin dejar de mirar por el cristal:

—Y a mí que Medina ¡no me parece un hombre como los demás!

—¿Cómo, maestro? ¡En lo moral!—replicó el aludido.

—No, señor; en lo moral no me meto. Digo que no me parece usted un ser de carne y hueso, como los demás. sino un autómatas, un hombre de cartón-piedra. ¡Vamos, mecánico!

El calor asfixiante que se produjo en aquel saloncillo no emanaba de la chimenea, no; producíanlo los carrillos de Medina; tal era su sofocación.

Después de aquel paso transcurrió mucho tiempo, y dice Medina que al maestro no le inquietan las imitaciones.

Eso nos sucede a todos.

Sería una quijotada arremeter contra el tinglado de maese Pedro.

VICENTE GARCIA VALERO

UN BUEN AMIGO

No hay nada tan útil como un buen amigo. Yo tenía un amigo que se llamaba César, pero en el seno de la amistad le decíamos Cesáreo, para no confundirlo con Alejandro el Grande.

¡Que hombre aquel! Comía conmigo, se fumaba mis cigarrillos y me prohibía sonreír, porque no era serio.

Un día me presentó a una tía suya que sufría de los callos, y como me hizo pasar por callista, no tuve más remedio que cortarle a la señora los juanetes. Otra vez, se casó su hermano con una jorobada y me presentó en la boda como el mejor corsetero del mundo. Decía que yo hacía los corsés sin costuras. Tuve que hacerle uno a la recién casada, y no faltó nada para asesinarla con mi nuevo corsé. En un banquete me entregó una comedia de Echegaray, y dirigiéndose a los comensales gritó:

—Mi amigo os va a leer una obra suya en verso. Es un gran autor.

Todos me aplauden, y tengo que dejar de comer.

—Señores—digo—yo no soy nadie...

—¡Bravo!—contestan.

—Yo soy un poeta muy mediano...

Y mientras mi amigo comenzó a comerse mi plato de langosta.

Me niego a leer, pero me ovacionan y no tengo más remedio que dar principio a la lectura de la comedia.

Termino la primera escena y se vuelven locos, tirándose las flores que adornaban la mesa, y un señor pide la palabra para protestar de la burla, pues afirma que la comedia no es mía.

Yo entonces me desafío con él, voy al terreno del honor, y me da una de sablazos que me puso negro. Tengo que confesar avergonzado que la obra no es mía, y estuve tres meses sin ver a mi amigo. Lo volví a ver una mañana abrilera. Me abrazó conmovido y me pidió cinco pesetas.

—No llevo dinero encima—le dije.

—¿Y en tu casa?

—En mi casa todos buenos; muchas gracias.

—No seas así—me agregó entristecido—, que necesito esas cinco pesetas para hacerle un obsequio a «La Tuna Lirica», que me acaba de nombrar presidente honorario.

—¿Y qué es eso?

—Eso es una cosa de risa. Los tunos son unos cuantos jóvenes que se asocian para divertirse los Carnavales. Para reunir dinero nombran a unos dos mil primos presidentes honorarios... Y a mí me han hecho esa distinción. Ya ves, si tú me das las cinco pesetas seré presidente de una Tuna... Este honor no me lo puedes tú negar.

Le di las cinco pesetas y le convidé a cenar al día siguiente, que era el santo de mi esposa. Llegó la noche y salí de casa a comprar unos pasteles para obsequiar a César, porque le gustaban mucho los peisús.

Cuando regresé a mi casa con los pasteles y una botellita de Jerez, sorprendí a César abrazando a mi mujer a la luz de una bombilla de cien bujías.

—¡Miserables!—grité fuera de mí.

—¿Desde cuándo?—Contesta César. Estoy felicitando a tu mujer. Soy un amigo bien educado.

Me anonadó su respuesta, pero me rehice un poco, y como si tuviera razón, añadí:

—Es que no hace falta gastar luz. Le di media vuelta a la llave y los dejé a oscuras.

Yo creo que esta decisión mía tan rotunda y tan enérgica, habrá influido mucho en su carácter expansivo... Aunque César aquella noche comió con más apetito que nunca.

Me quedé contemplando a don Amós lleno de admiración, y le dije: «¡Es usted un carácter!»

Don Amós, orgulloso, me convidó a café.

—No falte usted—me dijo—porque es el santo de mi esposa.

Le prometí mi puntual asistencia. Es don Amós un hombre a quien no se le puede desairar.

Luis ESTESO

SÓLO PARA SEÑORAS

EL SECRETO DEL MAQUILLAJE

Cuando es realmente vieja una mujer?

Según afirma la señora de la Prada, una mujer es joven mientras inspire amor; pero a creer a Cecile Sorel, no es vieja una mujer mientras conserve su belleza.

Mi modesta opinión es que ambos juicios contestan acertadamente a esa pregunta.

Ser vieja, es carecer de encantos, dejar de interesar. Si una mujer conservase hasta los cien años todo el atractivo de su hermosura y toda la simpatía de su juventud, como Carolina Otero, sería más seducora que una de veinte que los hubiese perdido.

Pero el resto de

las mujeres, serviejas es tener más años que ellas. Las jovencitas de diez y ocho primaveras llaman viejas a las muchachas de veinticinco años. Estas califican de viejas a las de treinta, y las de treinta a su vez, consideran vetustas a las que han sido arañadas por la cuarentena. Las de cuarenta oñofos se consuelan creyendo que sólo a los cincuenta se empieza a envejecer, y se escandalizan de ver en los saraos señoras cincuentonas murmurando: «cuando yo tenga la edad de la señora de Furciáñez, ni me vestiré ni me presentaré en reuniones»; pero al llegar a «esa edad», descubren que aun pueden conceptualizarse jóvenes en tanto no cumplan los sesenta, y hasta se atreven a bailar un vals vertiginoso para convencerse de su flexibilidad. Y así razonando, hay damas sesentonas que se consideran frescas y pimpantes y se mofan de las que están rayando en los setenta y van a los salones con trajes de color.

Les pasa a las mujeres con los años, lo que con la belleza. Cada una se forma un concepto distinto de la hermosura, basado naturalmente en la propia, y no hay medios de convencerlas de que pueden estar equivocadas.

Como resultado de esta absurda manera de pensar, hay mujeres que se pasan la vida en continuo estupor o sobresalto, exasperándose por las pasiones que inspiran ciertas

mujeres que no tienen una belleza en acuerdo con el programa redactado por el mundo.

—¡Cómo!—exclama la señora de Baudouin, en la mejor, dejando sobre la mesa la taza de la pajarería, y otras esclarecidas grullas de té con sagrada indignación—. ¿De modo que yo, que tengo la belleza de la señora de Cadorniga, que tiene una nariz tan selecta como la mía, además tiene un año más que yo? ¡Que pena!

¡Ahora los hombres están ciegos! ¡Y pena! ¡Ahora los hombres están ciegos! ¡Y pena! Esta espantosa desigualdad, que divide a las mujeres en dos razas—guapas o feas,

la juventud de la célebre Ninón de Lenclos, se encerraba en un producto de perfumería. Si una mujer, en Madrid, todos sabemos que la repulsa de la marquesa de H no se acuesta jamás sin su babera, destinada a retardar la papada, y se planta en cada sien una estrella de parafina. Y si el marqués la reprochara esa costumbre horripilante, la mar-

preste a la cara apariencias de muñeca. Luego, con una barra de carmín, deben encenderse los labios, procurando no pintar las comisuras, porque eso agranda la boca. Y finalmente se amplian los ojos en la forma que sigue: Con un pincel muy fino se ennegrecen las cejas—procurando alargarlas hacia las sienes—y las pestañas. Con gran prudencia se pasa el pincelito por debajo de las pestañas en la parte inferior del ojo y por encima de ellas en la parte superior, teniendo buen cuidado de «insistir» en el rabllo del ojo para que este se alargue y parezca rasgado con melancolía oriental.

Además, con una barra azul o violeta, se marcarán unas ojeras razonables para que la persona maquillada cause la impresión de la Bella Tenebrosa, Fantomas o cualquiera otra protagonista de película frulenta.

Una vez terminada esta tarea, que toda mujer que no sea una tortuga realizará en un cuarto de hora, sólo resta pintarse el obligado lunar, aunque para mi gusto lo más lindo es colocarse esas motitas de terciopelo que venden en las buenas perfumerías y hace más gracioso que una manchita de carbón.

Los lunares favorecen mucho, muchísimo. Consejo que la colocación de ellos sea en lugares bien visibles, porque ya supongo conocerán ustedes eso de

«Tengo dos lunares... tengo dos lunares... el uno junto a la boca, y el otro donde tú sabes...»

Se arregla bien el pelo, se riza la patilla en forma de sortija, y ya puede la mujer así arreglada confiar en el poder del maquillaje. Si no se quita diez años de encima, es porque se ha puesto la cara como una fiera en cuyo caso lo más indicado es que se lave con jabón y un poco de estropajo y renuncie a acicalarse... y aparecer diez años menos vieja.

AlVARO RETANA



EL LEÓN.—¡Qué modo tan inicuo de usar su fuerza tiene este bárbaro!

venas o viejas—, puede salvarse fácilmente recurriendo al maquillaje.

El maquillaje, que es la ciencia del tocador, escollo peligroso donde naufragan las mujeres poco expertas, ayuda maquilladas a parecer bonitas a las criaturas que no llegan a estos extremos; pero sí las encasos sin a medias, y, sobre todo, rejuvenecimiento muy notablemente, que es lo más trascendental.

Así se explica, que mujeres contemporáneas de madame de Pompadour, como nuestras tonadilleras de moda, puedan aparecer después del maquillaje como contemporáneas de Calomarde. Todo el secreto de la eterna

LAS DOCE UVAS

No me extraña absolutamente nada que ustedes, mis amables lectores, ignoren que yo he terminado el año 1923, y empezado el 1924, en París.

Claro que el que ustedes lo ignoren, no es obstáculo para que lo que digo sea de una realidad que no to'ere la menor duda.

Yo soy algo romántico, pero romántico a mi manera. Por esto siempre, al finar un año, me suelo ausentar de Madrid, a cualquier parte.

Lo importante para mí es no pasar la noche vieja en la corte.

El año pasado, el 1923, la he visto «difiarla» en París, y he presenciado el nacimiento del actual 1924.

Pero todo esto, aunque para mí la tiene, para ustedes carece de importancia. Así, pues, voy a tener el regocijo de contarles la nota más cómica que he presenciado este año, mejor dicho, el pasado, en París.

En París, como aquí en Madrid, se celebra la última noche del año, y en ella juegan principal papel las doce uvas que todo madrileño castizo no olvida nunca y que tan buen motivo resultan para gozarla a pierna desatada.

Yo, cuando estoy en París, frecuento un café, cuyo dueño, español—madrileño puro—, es un mi gran amigo.

Este señor es, sinó la mitad del ocurrenciente García Álvarez, si su segunda parte.

No tiene por qué envidiar, en gracia y narices, a nuestro graciosísimo autor.

La víspera de la noche vieja, don Olegario, el dueño del referido café, me dijo muy contento y frotándose las manos:

—Mañana por la noche, a las doce en punto, recibirán mis clientes una sorpresa que se van a chupar los dedos. Si viene, se va usted a divertir. Procure no faltar. Voy a repartir uvas, y... en fin, ya lo verá usted. Venga, que no le pesará. ¡Voy a dar el golpe! ¡Me voy a quedar solo! Mañana, a las doce de la noche, demostraré a usted que soy, para esto de celebrar días interesantes, un hombre de los más originales que se pasean por París.

Yo, como español, y verdaderamente interesado, ofrecí a don Olegario ir a cenar a su café con unos amigos españoles y unas tiernas francesillas.

Así lo hice. Cenamos y llegó el último minuto del año 1923.

Por el establecimiento—ya repartidas las uvas entre la numerosa concurrencia—corrió el alrecllo de la emoción. Hasta los camareeros, ignorantes de la genialidad del dueño, estaban intrigados.

Don Olegario, junto al mostrador, reía deliciosamente.

Un minuto..., medio minuto..., y... ¡las doce!

El café se quedó completamente a oscuras.

Se armó un revuelo de mil diablos. Las francesillas que nos acompañaban reían locamente.

Yo sentía comer las uvas a mis amigos, y unos golpes metálicos... (producidos por el dueño del café con una cucharilla golpeada sobre una bandeja, para imitar las doce campanadas).

Luego... luego fué el caos.

Cuando se volvió a iluminar el café, sólo nos hallábamos en él su dueño, los camareeros y nosotros..., que fuimos los únicos que abonamos lo consumido y que nos reímos a mandíbula batiente al ver el resultado de la gran idea de don Olegario...

NICOLÁS DE SALAS

LA TRAGEDIA DE PONERSE COLORADO

Es una tragedia en dos actos. El primero consiste en ponerse colorado; el segundo, el sentir, uno mismo, que se ha puesto colorado. Hay quien no pasa del primer acto y hay quien ya piensa en el segundo, aún antes de haberse dado el primero.

El hombre que se pone colorado es un hombre incompleto e inhábil para la gran guerra de la vida. Y es incompleto —¡oh, paradoja!—precisamente porque le sobra esa manifestación escandalosa de su sangre en su rostro. El hombre que se pone colorado es tan abundante como el hombre que no comprende...

El hombre que se pone colorado nos dará siempre la sensación de algo vacilante, indeciso, sin energía ni carácter. Algo, en fin, muy inferior. O muy infantil. En todo caso, algo poco serio.

Hay quien se pone colorado porque es tímido. Dar la mano a una muchacha bonita, hablar con alguien por primera vez, entrar en un sitio lleno de gente, entrar a comprar algo en un establecimiento lleno de luz y de espejos, todo, es motivo de azoramiento y de sofocación, traducido por unos espléndidos colores en las mejillas.

Pero hay también quien es más fresco

que la escarcha y tiene menos vergüenza que ganas de morirse, y, sin embargo, se sigue poniendo colorado.

De ahí que ese pequeño fenómeno sea puramente fisiológico y no se pueda atribuir, siempre, a cortedad ni falta de audacia. No crean los tímidos, triste privilegio de su condición, el ponerse colorados. ¿Qué dirían si supieran que grandes vividores, aventureros hechos a todas las situaciones y a todos los desplantes, periodistas insignes buceadores de la opinión, políticos de los que meten ruido y arman escándalos, literatos de firma cotizante, se ponen colorados sólo al pensar que pudieran ponerse colorados?

Esta pequeña tragedia es tanto más sensible cuanto que es totalmente inevitable y carece de curación conocida. El hombre que se pone colorado empieza, desde su más tierna infancia, a sufrir todo género de injusticias y a desempeñar siempre el poco grato papel de víctima propiciatoria.

Cuando de pequeños la mamá descubre un hueco en el frutero del aparador y empieza a gritar:

—¿Quién ha cogido dos naranjas?
¿Has sido tú, Pepito? ¿Y tú, Juanita?

Pepito y Juanita, que se han comido las naranjas, responden indignados que no. ¿Y Carlitos? ¡Ah, Carlitos es totalmente inocente! ¡Pero se pone colorado al contestar! Y la madre, irritada, le gritará:

—¡Tú has sido! ¡No lo niegues! ¡Te has puesto colorado!

«¡No lo niegues! ¡Te has puesto colorado!» Terrible frase acusatoria que perseguirá ya durante toda su vida al hombre que se pone colorado.

Todos los momentos transcendentales de su vida: el día de la primera novia, la primera aventura, su matrimonio, el día aquel en que tuvo que declarar en un proceso célebre, el momento en que se vio obligado a dar una conferencia, el día en que se peleó con el cobrador de un tranvía, la noche en que entró por vez primera en un *cabaret*—¡oh cómo le miraba todo el mundo!... De todo eso sólo le quedará el recuerdo de haberse puesto colorado y la sensación de que, gracias a ese pequeño fenómeno involuntario, hizo el ridículo y apareció como un ser infantil y tímido.

«¡No lo niegues! ¡Te has puesto colorado!» Basta con decirle esto para que se ponga colorado. Y encima el acusador presumirá de psicólogo, pensando:

«Todavía tiene un resto de vergüenza. ¡Todavía se pone colorado!»

Y el acusado, acongojado, pensará:

«Sí, señor; sí. Todavía me pongo colorado, aun por los pecados que no cometí. ¡Todavía, sí! ¿Hasta cuándo durará esto?»

¿Timidez? ¿Algo en el estómago? ¿Exceso de sangre? ¿Quién lo sabe? Pero lo cierto es que un descubrimiento tan transcendental, como el de Voronof, sería el del doctor que hallase la fórmula para evitar que muchos pobrecitos hombres se pusieran colorados, precisamente en los momentos en que deben aparentar mayor cantidad de sangre fría...

GABRIEL GREINER



—¡Pero hombre, sujétele esa boca! ¡Quédese con él!
—¡¡Caray...!! ¡Ni regalado lo quiero!

Dibujo de SILKO

Ayuntamiento de Madrid

Si quiere usted ir
GRATUITAMENTE
AL GRAN CIRCO AMERICANO
compre la revista infantil
Pancho Kolate
20 céntimos
20 páginas en colores
SALE LOS DOMINGOS

INDALECIO, CAPICÚA

CUADRO DE SAINETE

La acción se desarrolla en una casa de comidas, pues no cabe duda que una casa de comidas es lo más indicado para desarrollarse. En la pared hay dos carteles que dicen respectivamente: «Se arreglan botas de vino», «Hay callos» (como es natural, los callos están pegando a las botas.) Varios parroquianos degluten y liban sentados en sendas banquetas ante las redondas mesas de pintado pino. Cerca de la puerta, en la calle, un cadete de Infantería chiclea a una modistilla que le lanza miradas tiernas como el mazapán. Estamos en Toledo (calle de), esquina a Ventosa. Estamos contemplando la caída de la tarde. Estamos tomando unas copas de cazalla..., y estamos bien, muchas gracias. Se levanta el telón (aunque haya trasnochado hay que obligarle a que se levante), y se escuchan de fuera voces de protesta: «¡No hay derecho!» «¡Esto es un escándalo!» «¡Esa compañía!», etcétera. A poco aparece en la puerta de la tasca la figura de Indalecio, que viste uniforme de cobrador del tranvía.

INDALECIO.—(Se supone que habla con los de la calle.) Bueno, hombre, bueno, no se apuren, que esto pasará, es cuestión de cuatro o cinco horas. (Dirigiéndose a los parroquianos.) ¿Han visto ustedes qué escándalo? Y total porque se ha «cortao» la corriente treinta y dos veces en diez minutos.

PARROQUIANO (Con guasa).—¿Qué quedarán?

INDALECIO.—¡Que son unos «otusos»!

PARROQUIANO.—Hombre, no les insulte, lo mejor es llevarles la corriente.

INDALECIO.—Pues eso quieren, la corriente, pero tienen «pa» rato.

PARROQUIANO.—Que tomen el autobús.

INDALECIO.—¡El autobús! Valiente armatoste con ese tufo a gasolina que va echando... ¿Usted cree que con el autobús podemos llegar al progreso?

PARROQUIANO.—Al Progreso y a los Cuatro Caminos.

INDALECIO.—No me haga usted de reir, que tengo el «trolley» partido. El autobús es un medio de transporte que no tiene seguridad, que lo mismo echa a correr y le estrella a usted, que se estropea y se queda parado en la plaza del Angel, por ejemplo. ¿Y qué hace usted si se le queda parado en la plaza del Angel?

PARROQUIANO.—Llevarle a Canseco.

INDALECIO.—¡Ande usted, so... longines! Yo comprendo todavía la tracción animal: un buen cochecito y un buen caballito; pero ahora hasta en los casinos han puesto motos de alquiler. Y si no, ¿a qué no ha visto usted caballitos en ningún casino?

PARROQUIANO.—¡Cómo que han prohibido el juego! Bueno, y usted ¿qué quiere tomar?

INDALECIO.—No sé, porque con el susto del atropello de ayer, no me cae bien nada en el cuerpo.

PARROQUIANO.—¿Qué fué?

INDALECIO.—Mi compañero, que es algo mijo, que arrolló a un niño en la Fuente-cilla y le partió en dos pedazos.

PARROQUIANO.—Entonces ya se lo que va usted a tomar: que le den medio chico.

INDALECIO.—Le digo que es un empleo... Pues, ¿y lo que sufrimos con el público? El otro día, sin ir más lejos, subió al tranvía un matrimonio con tres niños y un ama portadora de una criatura. Me acerco a cobrar al caballero y vá y me dice: «Pase». Yo le pregunto: «¿Todos pase?» Y vá y me responde: «Sí, señor, estos niños naturales y aquel de pecho. ¿Qué le parece?»

PARROQUIANO.—¿Y usted qué hizo?

INDALECIO.—Solté dos tacos...

PARROQUIANO.—Lo comprendo.

INDALECIO.—Digo que solté dos tacos y meí billetes nuevos «pa» disimular; no quiero disgustos.

PARROQUIANO.—¡Es usted un héroe!

INDALECIO.—Hay que tener prudencia.

PARROQUIANO.—¿Y hace usted siempre el mismo recorrido?

INDALECIO.—No, señor; ya vé usted, yo he estado durante cinco años pasando por Fernando VI.

PARROQUIANO.—Pues no se le parece usted en nada.

INDALECIO.—Lo digo en otro sentido, como si hubiera dicho que pasaba por Serrano.

PARROQUIANO.—También me chocaría.

INDALECIO.—Por cierto que estando en la línea Sol-Bombilla, me ocurrió una cosa como «pa» tirarse a un pozo.

PARROQUIANO.—¿Qué fué?

INDALECIO.—«Na», que cuando estábamos al llegar a la Plaza de Oriente, se me acerca

un señor y me pregunta que cual era la primera parada, y al contestarle yo que la parada era en Palacio, creyendo que era pitorreo, me sacudió una chuleta como para empanarla.

PARROQUIANO.—¡Qué bárbaro!

INDALECIO.—Si le digo que... (Se oye el timbre de un tranvía.) Ya me llaman. ¡Voy! Ya sabe usted, 3.113, servidor y capicúa. Me marchó corriendo, que se conoce que ya hay corriente.

PARROQUIANO.—¿Hay corriente? Pues abríguese, capicúa,

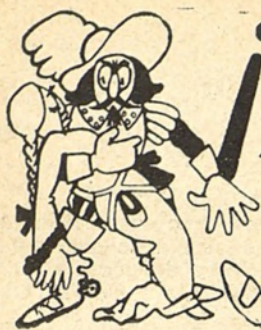
INDALECIO.—Hasta más ver. ¡Voy, voy! (Mutis. Cae el telón procurando no hacerse daño.)

CELSE LUCIO



EL CAMPESINO.—¡Hay que ver las vueltas que da el mundo!

Dibujo de LIMENDOUX



¡Arriba el trapo!



El público de Eslava está encantado con el nuevo espectáculo. Lo encuentra tal vez más divertido que las comedias ñoñas y las bufonadas de antes; que las traviesas ingenuidades de la Bárcena, que los sentimentalismos de don Gregorio...

Ahora aplaude las acertadas elocubraciones de Honorio Maura; las piruetas de Collado; la pantomima «chantecleriana»; el «Concert»...

Este es el «espectáculo nuevo» que nos sigue ofreciendo a diario el señor Martínez Sierra.

A la gente, indudablemente le gusta. A nosotros también. ¿Por qué negarlo?

Y es curioso sorprender a estos comediantes, antes tan sensibles, tan sentimentales, tan enamoradizos siempre, a vueltas con el corazón y enredados en conflictos que pretendían ser trascendentales, como echan ahora las «patas» por alto y rompen a cantar por todo lo alto también.

¡Y hasta resulta que todos ellos tienen mejor ver y más condiciones que los del Reinal!

Hay que ver y oír a Baena, por ejemplo, en el cuadro *La gallina romántica*. ¡Qué hermoso pico tiene!... Cualquiera día leemos que le ha dado, como a la Zuffolá, por el «couplet». Y apropiósito:

Esta estrella de la opereta ha pasado a Eslava como «atracción». Bueno. Lo consigue, eso es cierto. Pero la hemos de oponer un leve reparo. Su papel en *La gallina romántica* no le va. ¿Verdad señora?...

¡Y en cambio cuantas andan por ahí que lo representarían admirablemente! ¡Sintiendo en lo hondo el papel; haciéndolo con conocimiento de causa! ¡Qué papel para ser interpretado por muchas conocidas!...

También la señora Bárcena tiene no poco éxito. Sobre todo en la escena del «Concert», cuando se hace un silencio para que cante «La estrella de la casa», y luce su voz Catalina la ingénua. Algunos maliciosos han pretendido adivinar que lo que hace la ingénua Bárcena es imitar a la Raquel. ¡Qué tontería! Esas son habladurías. La ingénua que admira a la trágica del «couplet», si acaso, es que está influenciada, muy influenciada; pero nada más...

Eso sí, la influencia es decisivo. Pero eso no se puede evitar. Y ella no se ha podido sustraer. ¡La pobre! ¡La ingénua! ¡Menuda competidora le ha salido a Edmond!

* * *

Galleguito ha ido a engrosar las huestes de Apolo. Menos mal. Es un refuerzo de mucha fuerza. ¿No lo creen ustedes? Pues lo siento. Debutó con *La Magdalena te gué*.

¿Conque «La Magdalena te gué»? Eres un humorista hombre. Pero no olvides que vas a Apolo y que... no está la Magdalena para tafetanes...

* * *

El maestro Guerrero va a lucir su repertorio por provincias. Ha formado una compañía. Es un hombre trabajador, un luchador, un guerrero. Va a conquistar más gloria y más pesetas. Recorrerá toda España. Pero, ¡ay!, ¡aunque se va, ya verán ustedes como no nos lo quitamos de encima! Le estaremos oyendo constantemente...



—Dígame usted, don Manuel, ¿cuántos ejemplares cree que debo tirar de mi obra?

—Hombre, yo creo que bastaría con que tirase el original.

Se va abrir el teatro Marlín. Forman la compañía Luis Martínez de Tovar y Ruiz Taty como primeras figuras. Julia Delgado y Alejandrina Caro como primeras actrices.

Anuncian como estrenos *Los lobos*, *El hombre fuerte*, *El yunque*, *Vendaval*...

Como ven ustedes es un programita.

El día de la inauguración estrenan *Los lobos*, de Alvarez Sotomayor.

También pondrán *Los intrusos*.

Dentro de la compañía nadie se da por aludido...

* * *

En Molinero se reunieron muchos amigos y admiradores de Serrano Anguita para celebrar el éxito que ha obtenido con *El celoso extremeño*. ¿Le han dado el banquete por celoso o por Serrano?...

* * *

¿Se retira la Paisano? ¿No se retira? La opinión no es general. Es de Paisano...

* * *

Se asegura que próximamente se estrenará una obra de Sassone en el Cómico.

Se titula *Entretenida*.

¿Conque entretenida?...

¡Eso lo diremos nosotros!

* * *

Cuando se marche Sassone del Cómico vendrá una admirable compañía de zarzuela integrada entre otros por la Harito y por Ozores. Las zarzuelas serán por secciones y precios baratos... ¡Albricias! El Cómico será la futura Almudena del género chico. Que con estos elementos será chico en grande.

* * *

Según unas personas que se dicen enteradas, Casimiro Ortas viene a España; pero según otras, no viene...

* * *

En Nueva York se ha estrenado *Madre*, de Marlín Orberá, traducida por Alfred Hukma. ¿Con éxito? ¡Ay su *Madre*! ¡Qué obra! No la bien recibida. Fué muy malquerida... Pero eso... ¡Su *Madre*!...

* * *

Vela es un músico que no se agota, que se apaga... Almacena, con sus compañeros de quinteto, los éxitos a montones. Van montando éxito sobre éxito, y *Telmo* que en cualquier audición se rompa uno, *O... utu... m... ro*, porque *Taltavull*... lo hace la gente parar oírles, que no se la puede contener... Pero eso son todos a decir que tienen estos artistas ¡Y fuera de aquí!...

Lo celebramos. En serio...

F. ESCUDERO DE MOLINA

HUMORISTAS EXTRANJEROS

JARJAYE, EN EL PARAÍSO

JARJAYE, segador de Tarascón, murió, y a ojos cerrados se lanzó al otro mundo. Y empezó a rodar, rodar... La eternidad es grande, negra como la pez, tan inmensa y lúgubre, que hace temblar. Jarjaye, sin saber a dónde ir, lleno de incertidumbre, rechinó los dientes y se arrojó al espacio. Tras mucho errar por él, descubrió una lucecita a lo lejos, allá abajo, muy lejos. Se dirigió hacia ella: era la puerta del Paraíso.

Jarjaye llamó ¡pán, pán!, a aquella puerta.

—¿Quién es?—gritó San Pedro.

—Soy yo.

—¿Y quién eres tú?

—Jarjaye.

—¿Jarjaye el de Tarascón?

—Sí; el mismo.

—Pero, mala pieza—le dijo San Pedro—, ¿cómo tienes el tupé de querer entrar en el Paraíso, tú, que no has rezado ni una vez desde hace veinte años; tú, que cuando te decían: «Jarjaye, vamos a misa», respondías: «Yo no voy más que a la de la tarde», tú, que por mofa le llamabas al trueno «el tambor de los caracoles»; tú, que comías carne cuando podías y los sábados cuando la tenías, diciendo: «Venga lo que venga, la carne cría carne, y lo que entra en el cuerpo no puede hacer daño al alma», tú, que cuando sonaba el Angelus, en vez de persignarte, como debe hacer todo buen cristiano, decías: «Vamos, se ha colgado un cerdo de la cuerda de la campana»; tú, que cuando te advertía tu padre: «Jarjaye, Dios te castigará», le respondías siempre: «¿Quién ha visto a Dios? Cuando se ha muerto, se está bien muerto»; tú, en fin, que blasfemabas, que negabas el crisma y el bautismo, puedes osar presentarte aquí, abandonado de Dios?

El pobre Jarjaye replicó:

—Yo no lo niego: soy un pecador. Pero, ¿quién podía saber que, después de la muerte, hubiera tantos misterios? En fin, yo me equivoqué. Merecí este mal trago y lo pasaré, puesto que tengo que pasarlo. Pero al menos, bendito San Pedro, déjeme usted ver un momento a un tío para contarle lo que pasa por Tarascón.

—¿A qué tío?

—A mi tío Matery, que era penitente blanco.

—¿Tu tío Matery? Está en el Purgatorio, donde tiene que pasar cien años.

—¡Horror! ¡Cien años! Pues, ¿qué había hecho?

—Tú recordarás que llevaba la cruz en las procesiones. Un día unos pícaros bromistas se pusieron de acuerdo para burlarse de él, y uno de ellos gritó a su paso: «¡Mirad a Matery, que lleva la cruz!» Poco más lejos repitió otro: «¡Mirad a Matery, que lleva la cruz!» Finalmente otro preguntó, gritando: «¿Qué lleva Matery?» Y éste, amoscado, respondió al parecer: «Un marrano como tú.» Y se encolerizó tanto, que se le subió la sangre a la cabeza y murió de repente.

—Entonces déjeme usted ver a mi tía Dorotea, que era tan devota.

—No la conozco. Debe de estar en los Infiernos.

—No me choca que se la llevara el diablo,

porque era tan mala como devota. Figúrese usted que...

—Jarjaye, yo no tengo tiempo para oír historias. He de ir a abrirle a un pobre barrenadero, al que su burro acaba de enviar al Paraíso de una coza.

—Santo bendito, ya que ha hecho usted tanto por mí, y que ver no cuesta nada, déjeme que vea un momento el Paraíso que tan hermoso es, según dicen.

—¡Sí! En seguida. ¡A un hereje como tú!

—Vamos, San Pedro; acuérdesse usted de que allá abajo mi padre, que es pescador, lleva su bandera desplegada en las procesiones.

—Sea—dijo el Santo—. Te lo concedo por tu padre; pero te advierto, canalla, que no has de asomar más que la punta de la nariz.

—Es bastante.

Entonces el portero celestial entreabrió la puerta, y dijo a Jarjaye:

—Ahí tienes. Mira.

Pero Jarjaye, volviendo de pronto la espalda, entró andando hacia atrás.

—¿Qué haces?—le preguntó San Pedro.

—La claridad me deslumbra—respondió Jarjaye—, por lo que tengo que entrar de espaldas; pero, gracias a Dios, no falta sitio.

—Te digo que salgas, porque si Dios pasara por aquí...

—¡Bah! Arréglole usted como quiera. Yo he oído siempre decir: «Quien se encuentra bien no se mueve.» Yo estoy bien aquí, y aquí me quedo.

San Pedro meneaba la cabeza y golpeaba el suelo con el pie. Por fin, se fué a buscar a San Ibo.

—Tú, que eres abogado—le dijo—, dame un consejo.

—Dos si te hacen falta—le respondió San Ibo.

—Has de saber que estoy en un gran apuro. Me ocurre esto y esto. ¿Qué debo hacer?

—Tienes que buscar un buen procurador y citar por oficio al llamado Jarjaye para que comparezca ante Dios.

Se fueron a buscar ambos el procurador, pero nadie había visto jamás a ninguno en el Paraíso. Buscaron a un escribano, y todavía menos. San Pedro no sabía de qué árbol colgarse.

Entonces pasó San Lucas.

—Pedro—le dijo—, estás muy preocupado. ¿Es que Nuestro Señor te echó un nuevo regaño?

—¡Oh, querido, no me hables! Estoy en un aprieto de todos los diablos. Un pícaro llamado Jarjaye ha entrado por fraude en el Paraíso y no sé cómo echarlo.

—¿De dónde es ese Jarjaye?

—De Tarascón.

—¿Un tarasconés?—dijo San Lucas—. Dios mío, ¡qué cándido eres! Para hacerle salir no hay nada más fácil... Yo, que soy, como sabes, el patrón de los bueyes y de los boyeros, frecuento la Comarca, Arlés, Beaucuire, Nîmes, Tarascón, y conozco aquella gente. Sé su flaco y cómo ha de buscarse. Ahora vas a ver.

En aquel momento pasaba revoloteando

por allí una bandada de ángeles mofletudos.

—Pequeñuelos, venid—les gritó San Lucas.

Los angelotes bajaron.

—Id, sin que os vean, fuera del Paraíso, y cuando lleguéis delante de la puerta, pasad corriendo y gritando: ¡Toros! ¡Toros!

Inmediatamente los ángeles salieron del Paraíso, y al pasar por delante de la puerta, echaron a correr, gritando: ¡Toros! ¡Toros! Jarjaye, al oírlos, volvió la cabeza, pasmado.

—¡Caramba!—gritó—. ¡Aquí hay corridas de toros! ¡Allá voy!

Y lanzándose como un torbellino a la puerta, el pobre imbécil salió del Paraíso.

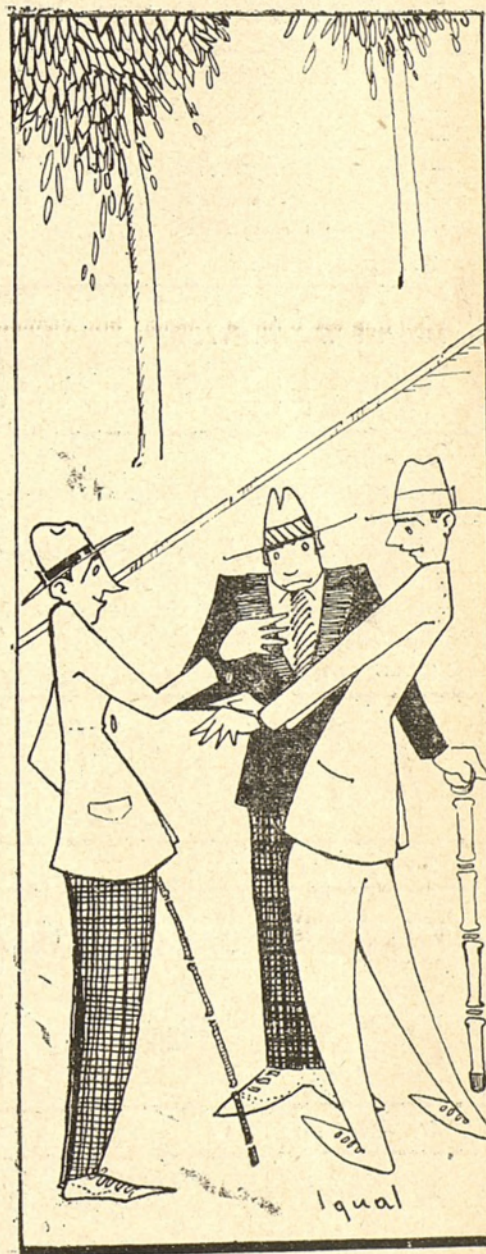
San Pedro cerró rápidamente la puerta, echó la llave y asomándose por el ventanillo, le gritó con sorna a Jarjaye:

—Y ahora, ¿qué tal?

—¿Qué importa?—respondió Jarjaye—. Si hubiera habido toros, yo no echaría de menos mi parte de Paraíso.

Y al decir esto se sumergió de cabeza en el abismo.

FEDERICO MISTRAL



ENTRE ENTENDIDOS

—Me han dicho que el eclipse será a las tres y diez en punto.

—Bueno; entre unas cosas y otras siempre será a las tres y media.

Dibujo de IGUAL

MATATIEMPOS, por GRESAL

CONCURSO.—(Véanse las condiciones en el núm. 60.)

30.—Para ir al Hipódromo

100 LA ESPADA T
sencilla

31.—Sarcófago

C NOTA PRESTO

32.—Impedido de movimiento

TOR CIDO PE

33.—Monumento de una sola piedra

MICO
L POSTE — H

34.—De floricultura

—¿Me vendes ese *prima-cuarta*?
—¿Por qué?
—Por el *dos-tres-cuatro*.
—No puedo; es del *todo* que lo quiere para su *tres-tres*.

35.—Interjección

¡CUNA DE MAHOMA
CHI CHI EN XI

36.—Plebeyo

—El *prima-tres* de la taberna nueva no me gusta.
—Es el mejor de la *prima-dos*; hasta a mi *tres-prima-dos* le gusta.
—Pero el tabernero es un *todo* de marca mayor, yo *tres prima* otro.

37.—El que vive a costa de otro

2 1 I TO

38.—Mariposas

50 E RUEGO UNA LIMOSNA
PT CUBRECABEZA

39.—Retrán

A Júpiter ROG yo camino I 100 O
NOT — O
Martillo de madera
ENTREGAN NOTA

CAMPEONATO MATATIEMPÍSTICO

Desde el número próximo insertaremos *DOS MATATIEMPOS* en esta sección de los que se nos remitan por todos los aficionados espontáneos, acompañados de su solución y del cupón, ¡pón!

Al terminar el mes, aquél o aquellos MATATIEMPOS que no hayan tenido solución por parte de nuestros lectores, se repetirán (en el caso de ser varios), y, finalmente, el que no haya sido acertado se le declarará CAMPEÓN y se le otorgará una

COPA DE PLATA

cuyo valor no bajará de 50 PESETAS, con una inscripción alegórica.

Para más seguridad, GRESAL tendrá depositadas las soluciones bajo sobre lacrado de aquellos MATATIEMPOS que se publiquen y que irá abriendo a medida que vaya recibiendo soluciones exactas. Únicamente quedará sin abrir la del premio, o sea precisamente la que no se acierte.

¡Ah! Entre todos los solucionistas *exactos* también se sorteará un valioso regalo.

Diríjase toda la correspondencia a
PRENSA MADRID
Apartado 7.002



Participamos a los colaboradores espontáneos que no se devuelven los originales que se nos envíen ni sostenemos conversación ni correspondencia acerca de ellos, ni se retribuyen nada más que los solicitados por nosotros o aquellos que la Dirección lo tenga por conveniente.

En la exclusión o admisión de los mismos sólo se dará cuenta en esta sección.

Serán preferidos los trabajos literarios escritos con brevedad y los dibujos que se ajusten a los tamaños de 15 por 31 en sentido apaisado o perpendicular.

Es condición indispensable que en el mismo original se ponga el nombre y apellidos o pseudónimo y procedencia del autor, y venir dirigido precisamente a PRENSA MADRID, APARTADO 7.002.

Los que no vengán dirigidos a estas señas precisamente, se inutilizarán sin examinarlos.

J. F. Prieto.—No le podemos servir.

A. Olavarría.—No está mal; pero es tan poco festivo...

N. de Reus.—No se nos antoja publicable.

G. Avelló.—No va.

E. Ruiz.—Eso está ya más «tocado» que un loco. Haga otras cosas.

N. P. Santofía.—Señorita: ¡Perdóneme!... ¿Me perdona? Sí. Usted me perdona. Supuse que era usted varón... Lo supuse... Lo supuse... No sé por qué lo supuse. Y aún... Si me envía usted una fotografía me hará el más feliz de los hombres que paseen por la calle de Alcalá. Si usted quiere que yo crea, de verdad, en su sexo tiene que justificármelo. Estoy algo escamado por eso de Nicolasa de los Salones ¡Qué casualidad hombre, digo mujer! Me huele a pitorreo. En fin. Siga la broma, si lo es, y a otra cosa, que se hace de día. Un ósculo de alta presión...

José Mortes.—Ande, ande, cómprese otra pluma. Tiene usted razón: le han engañado. Esa pluma es bastante mala.

M. Gabarrón.—Sus versos para matar chinches, como vos decís, no nos han conmovido. A ver si en pleno agosto...

Nato de Reus.—No nos venga usted con sablazos. Y versos... ¡mira que haber aún quien escriba en verso! Es «pa» morirse.

Angel Ardura.—No vale, caballero.

Rafael G. Masero.—No puede ser. Tiene usted una leira muy bonita.

J. M. A.—Sus dibujos son muy malos, y, además, no estoy conforme con usted, porque los héroes de hoy somos nosotros, que aguantamos estoicamente las producciones (llamémoslas así) de ustedes los espontáneos.

López Frontera.—Es usted un mal imitador de López Rey. ¿Por qué no se firma usted Frontera a secas? Porque son ya muchos López.

Corella. Madrid.—¡Váyase al Guano a dibujar!

Carlos Ballester. Ciudad Real.—¡Ja, ja! ¡Qué gracioso! ¡Y qué bien dibujas, guasón!

Miguel. Madrid.—Los que estudian perspectiva y los que estudian dibujo son unos idiotas. Usted ha resuelto el problema de dibujar sin necesidad de esos trabajos. Pero lo malo es que ya está en el cesto de los papeles.

CUPÓN núm. 5

para acompañar a toda solución que se remita para el concurso de Matatiempos de enero:

CUPÓN para

acompañar a todo trabajo literario o dibujo, así como para cualquier concurso, excepto el especial de Matatiempos:

Pida la tarifa de anuncios de esta revista a la Administración de la Publicidad PRENSA MADRID

EL TALISMÁN

(EDICIÓN DE ANUNCIOS)

Doctor Fourquet, 4.-APARTADO 1.105.-Tel. 30-76 M.-MADRID

EMPRESA ANUNCIADORA

LOS TIROLESES

Conde de Romanones, 7 y 9.—MADRID

TELÉFONO 331-M.

■ ■ ■

LA PUBLICIDAD

AGENCIA DE ANUNCIOS DE ANGEL TEGERO

León, núm. 20.—MADRID—Teléfono 10-85 M.

■ ■ ■

PARA ANUNCIOS

PRADO-TELLO

Cruz, 10, entresuelo.—MADRID

■ ■ ■

Estas agencias admiten anuncios para esta revista.

CIRCO AMERICANO

El programa más divertido de todos los espectáculos.

El local que reúne más condiciones de seguridad e higiene.

Los jueves grandes festivales infantiles.

La revista infantil **PANCHO KOLATE** regala a sus lectores localidades para :: el Circo Americano ::

■ ■ ■

Vea usted **PANCHO KOLATE**

VÉANSE PROGRAMAS

GRAMOFONISTAS!!

MAGNIFICOS ALBUMS PARA COLECCIONAR LOS DISCOS DE GRAMOFONOS.

:-:- RESULTAN MUY PRACTICOS :-:-

■ ■ ■

VENTAS:

Casas de aparatos de toda España

Y EN LA

Plaza del Conde de Barajas, núm. 5

MADRID



EL MEJOR PURGANTE



DEPURATIVO

ANTIBILIOSO

ANTIHERPETICO

CARABAÑA

AGUAS MINERALES NATURALES

PROPIETARIOS:

VIUDA E HIJOS DE R. J. CHAVARRI

CALLE DE LA LEALTAD, 12.

MADRID

NO IRRITA

NO DEBILITA

EFICAZ EFECTO

La Risa



—El nuevo empleado esquirol es de Canarias.
—Ya decía yo que ese canario es amarillo.

Ayuntamiento de Madrid

Dibujo de HERMÚA